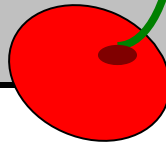


HISTORIA DE UNA CEREZA



TEXTO DE TEATRO ESCOLAR

NOTA IMPORTANTE: Esta obra ofrece una estratagema especial para ajustar el número de personajes al de posibles participantes.

Miguel Pacheco Vidal

Narrador.- Este es un cuento que comienza en un país muy lejano, como casi todos los cuentos: el país de las Sincerezas. Claro que, cuando iniciamos nuestro relato no se llama "el país de las Sincerezas", sino "el país de La Buena Cereza". No es una historia rápida; no tiene prisa. Es una historia que duró mucho tiempo. Tanto tiempo que no cabe en la cabeza. Desde Sonarem IV (Sale Sonarem), rey perverso y engreído, hasta Secías VIII (Sale Secías), rey que reinaba cuando acabó la historia, (Se abrazan los dos reyes) ¡Secías!

Secías.- ¿Qué?

Narrador.- Vos, Majestad, al final del cuento. Ahora le toca a Sonarem IV.

Secías.- Ah, sí, claro. (Se va no sin antes equivocarse de puerta)

Narrador.- Os estaba explicando que había un país muy rico, el más rico del mundo, rico en cerezas. Se llamaba el país de la Buena Cereza. Por aquel tiempo nació un príncipe, hijo de Sonarem III el Justo; le llamaron Sonarem y, porque era el siguiente al tercero, sería el cuarto. Sonarem IV.

Sonarem III.- ¡Hijo!

Sonarem IV.- ¡Papi!

Narrador.- Sonarem IV era un niño mimado. Desde pequeñito sobresalió por su mal comportamiento.

Sonarem IV (En plan berrinche).- Quiero la luna, ¡Y ahora el sol! ¡Y un barco! (Su padre intenta decirle algo) ¡No quiero! ¡No me da la gana! ¡¡¡A ti qué te importa!!! (El padre intenta darle una cereza. El hijo la tira. El padre hace un gesto de resignación y se va)

En escena: Sonarem III, su hijo (futuro Sonarem IV)

y otro niño (futuro Consejero Real)

Sonarem IV.- ¡Ahora me toca a mí!

Consejero.- Disculpe, majestad, pero creo que acabáis de tirar.

Sonarem IV.- ¡Chitón! He dicho que me toca a mí... ¡Y me toca a mí!

¡Pam! ¡Ay, casi la toco! Ha ido de un pelo. (Consejero se sitúa al otro lado para tirar. Sonarem se le pone delante) ¡Aparta!

Consejero.- ¡Eso sí que no! ¡No estoy de acuerdo! (Solloza) Yo quiero tirar... No tiro nunca... ¡Déjame tirar!

Voz de Sonarem III.- ¡Sonarem! ¿Qué le estás haciendo al niño?

Sonarem IV (A Consejero).- ¡Calla, zoquete!

Consejero (Balbuceando).- ¡Yo, yo... yo quiero tirar!

Voz de Sonarem III.- ¡Sonarem!

Sonarem IV (A Consejero).- ¡Calla, tarado! ¡Venga, tira! Pero prepárate.... ¡Ya te ajustaré las cuentas, so pringao!

Consejero.- ¡Pam, pam! ¡La he tocado! ¡La he tocado!

Sonarem IV.- ¡Cómo! ¿Quién te dice a ti que la has tocado? ¡Dime! ¿Quién te lo ha dicho? ¡Venga, aparta!

Consejero.- Es que...

Sonarem IV.- ¡Es que, es que! ¡Tú no has tocado nada! ¿Entiendes? En cambio, yo... ¡Mira! ¡Pam! (No se oye el segundo pam, que tiene que ser el del choque de las canicas) ¡La he tocado! ¡La he tocado!

Consejero.- ¿Ahora vienes con que la has tocado tú? ¡Si yo no he visto nada!

Sonarem IV.- ¿Quién dice que no? La ha rozado.

Consejero.- Pero si ha pasado a una legua de distancia...

Sonarem IV.- ¿Qué insinúas? ¿Que hago trampas? ¿Cómo te atreves!

¿Que yo, el príncipe, hago trampas? Si, ¿verdad? ¿Guardias!

Consejero.- ¡No, no! ¡Los guardias, no!

Sonarem IV.- ¡Ji, ji, ji! ¡Pam! ¡Jo, jo, jo! ¡Gua! ¡He conseguido hacer gua!

Consejero.- Pero si no ha entrado....

Sonarem IV.- ¿Cómo que no ha entrado! (Disimuladamente, mete la canica en el gua) ¿Y esto qué es?

Consejero.- No vale... no vale...

Sonarem IV.- Ya es mío... ¡Pam. Chivas, pié bueno, tute... ¡Pam! ¡Te he ganado!

Consejero (Completamente desalmado) .- Pero... no vale...

Sonarem IV.- ¡A callar! Te he ganado limpiamente. Dame las canicas que me debes. ¡Ésta!

Consejero.- ¡No, ésta no! Es de cristal...

Sonarem IV.- ¡Venga, venga! Y... a ver... ¡Qué es eso que escondes?

Consejero.- Nada.

Sonarem IV.- ¿Nada? (Le arrebató lo que escondía) ¡Dámela... por la fuerza!

Consejero.- ¡No! (Solloza) ¡La de hierro, no!

Sonarem IV (Irónicamente) .- ¿Tampoco me puedo quedar con la de hierro? (Ríe con malicia)

Consejero.- ¡Es mía! ¡Esta es mía! ¡Es mi bola preferida!

Sonarem IV.- ¡Córcholis, qué suerte! Una de hierro y otra de vidrio. Siempre gano. ¡Soy el mejor!

Consejero (Se deshace en lloros).- Yo... ¡Yo quiero la de hierro! ¡Es mía! ¡No hay derecho!

Voz de Sonarem III.- ¿Qué tal va eso, chicos? ¡Estáis pasando un buen rato! ¡A que sí!

Narrador.- Sonarem creció hasta hacerse un hombre. El niño caprichoso se convirtió en un rey perverso que sólo pensaba en satisfacer sus deseos cada vez más malignos.

Sonarem IV.- ¿Y ahora qué puedo hacer yo? ¡¡Qué puedo hacer yo!!

Consejero (Al público).- Yo soy el consejero real. ¡Ay, pobre de mí! ¿Quién me mandaría meterme en estos berenjenales? Verdaderamente, cuando estudiaba para consejero real, nadie me previno de que me podía tocar en suerte un rey así. Cuando estudiaba, según mis maestros, todo era de color de rosa, ya que todos los reyes eran poco menos que la perfección, y resulta que no es verdad. ¡Ay, pobre de mí! Que también te puede salir un rey borde, como éste. ¡Ay, pobre de mí! Si, si, ya sé que eso pasa en todos los trabajos; que cuando estudias para ingeniero no es lo mismo que cuando te pones a trabajar, si es que encuentras trabajo. ¡Ay, pobre de mí! ¡¡Pero es que con este empleo no hay desempleo!! Te cortan la cabeza y ¡ya está! ¡Ay, ay,ay, ya arruga el hocico de aburrimiento! Ay, ay, ay, ¿Qué le puedo aconsejar yo ahora -¡Ay, pobre de mí!- si ya le he aconsejado todas las diabluras que se me podían ocurrir. Decidme, ¿qué puedo hacer? (Ha de ingeniárselas explicando a los espectadores todas las gamberradas que ha tenido que inventarse para satisfacer los caprichos del rey.

En todo caso, habrá de ser el colectivo que montara la obra, el que, según el momento, decida)

Sonarem IV.- ¡Consejero!

Consejero.- ¡Ay, ay, ay! ¿Qué os decía yo? Ya no hay nada que hacer. No se me ocurre nada.

Sonarem IV.- ¡Consejero!

Consejero.- ¡Voy, voy! Al servicio de su majestad.

Sonarem IV.- Consejero, estoy aburrido, muy aburrido.

Consejero.- Y ¿qué podría hacer yo?

Sonarem IV.- ¿Cómo "y qué podría hacer yo"?

Consejero (Para sí).- Y ahora ¿cómo le digo a este energúmeno que ya no se me ocurre ninguna travesura?

Sonarem IV.- Quiero que se te ocurra algo nuevo, ¡pero completamente nuevo!

Consejero.- Vamos a ver... (Para sí) ¡Ay, pobre de mí! (Al rey) ¿Qué le podríamos aconsejar a su preciosa majestad? (Para sí) Necesito tiempo. No se me ocurre nada. Veamos, veamos...

Sonarem IV.- ¡Rápido, que me aburro!

Consejero.- ¡Ay, ay, ay, pobre de mí! (Al público) ¿Qué le digo yo ahora? Echadme una mano, por favor... ¿Qué le puedo decir que haga?

Sonarem IV.- Consejero...

Consejero.- Concededme un poco de tiempo... Enseguida está... ¡Ya está!... prácticamente ya está... ya lo tengo... ahora mismo...

Sonarem IV.- ¿Para qué tengo yo un consejero? ¿Para qué me sirve?
 ¿Le corto la cabeza? ¿Le cortaríais la cabeza? Me aburro. Necesito
 hacer una gran travesura. ¡Bien gorda!

Consejero.- Tiempo... tiempo, por favor.

Sonarem IV.- Nada de tiempo. ¡Guardias!

Consejero.- ¡Oh, no! ¡No, por mis hijos! ¡Por mi suegra! ¡Por mi
 gato!

Sonarem IV (A los guardias que entran).- ¡¡Lleváoslo!! (Los guardias
 ríen a lo monstruo) ... y le rebanáis los sesos. ¡Hala!

Consejero (Mientras lo arrastran).- ¡¡No, no, no que ya lo tengo!!
 ¡¡¡Ya lo tengo!!! (No le hacen caso) ¡¡¡¡ Las cerezas!!!!

Sonarem IV.- ¡Quietos! (Todos se paran) ¿Qué pasa con las cerezas?

Consejero (Desembarazándose de los guardias, sonriendo
 nerviosamente).- ¿Cómo se llama este país? Pues el país de la
 Buena Cereza, ¿no? Las cerezas, las cerezas... ¿Qué son las
 cerezas? Pues las cerezas son lo más importante de este país.

Sonarem IV.- ¡Bah! ¡¡Qué tontería!! Descuartizadlo de una vez.
 Lástima... ya le había tomado cariño.

Consejero (Mientras lo vuelven a arrastrar).- ¡¡¡Propongo dejar a este
 país sin una sola cereza!!!

Sonarem IV.- ¡Alto! (Se lo piensa un momento) ¡Traedlo!

Consejero.- ¡Uf! ¡Ay, ay, ay, pobre de mí! ¡Ay mi cuello!

Sonarem IV.- Dejadlo aquí. Te lo advierto: no me hagas perder el tiempo. ¿Qué pasa con las cerezas? Como me tomes el pelo, te hago comer por los cerdos imperiales, que les gusta mucho comer tontos como tú. (Se ríe de su propia gracia) Anda, anda, explícate.

Consejero.- ¿Sigue en pie el proyecto de construir la máquina de abrir puertas?

Sonarem IV.- ¿Qué pasa con mi máquina de abrir puertas?

Consejero.- Que necesita leña, mucha leña.

Sonarem IV.- No entiendo nada. Venga, al grano.

Consejero.- ¿De dónde podríamos conseguir toda la leña que se precisa para la máquina? ¿Dónde se puede conseguir tanta leña en el país de la Buena Cereza? ¡De los cerezos! La gamberrada más enorme de la historia.

Sonarem IV.- ¡Fascinante! Consejero: esperaba mucho de ti, ya lo sabes tú, pero creo, consejero, que te has pasado.

Consejero.- No, no me he pasado... Con un real decreto; simplemente, con un real decreto... se puede ordenar que toda la leña disponible del reino sea requisada para las calderas de la real máquina de abrir puertas...

Sonarem IV.- ... y, de esta manera, talaremos todos los cerezos del país y dejaremos sin una sola cereza al país de la Buena Cereza. (Ríe malignamente)

Narrador.- Y, de esta manera, desaparecieron todos los cerezos del país de la Buena Cereza. No contento con la mala pasada que les había gastado a sus súbditos, Sonarem IV fue más allá: puso en

funcionamiento más y más máquinas. No sólo se cargó todos los cerezos del país sino que no dejó un solo árbol en pie.

El país de la Buena Cereza pasó a llamarse el país de las Sincerezas. Ciego en su locura, Sonarem IV convirtió un país rico y hermoso en un país pobre y seco; tan pobre y seco que exterminó hasta la última mata para que funcionaran sus máquinas.

¡Ah! Os preguntaréis qué pasó con el medroso consejero que provocó la catástrofe con su consejo. Pues el medroso consejero, a pesar de todo, a pesar de todo, no pudo salvar su cuello, pues más tarde o más temprano, Sonarem IV se cansó de él o encontró algún otro que le caía más en gracia.

Consejero (Mientras es arrastrado de parte a parte del escenario).- ¡Ay, pobre de mí! ¡No me matéis que tengo más ideas! ¡Los mejores consejos que jamás se me habían ocurrido! ¡¡Ay, ay, ay, pobre de mí!! ¡¡Aaaaahhhh!!

Narrador.- Tampoco Sonarem supo escapar a su fin al poco tiempo, pues sus súbditos, cansados de sus caprichos y crueldades, dieron con él y con su vida en una famosa revuelta que acabó con la dinastía de los Sonarem. Al morir el último Sonarem, dejó el país en la más tristísima de las condiciones. Ni un solo árbol, ni un solo matojo con vida ...los animales, todos los animales, habían huido del país. Hasta el agua parecía haber desaparecido y un inmenso desierto agobió de por vida a los sufridos habitantes del país de las Sincerezas.

Habitante (Ejemplo de 4, máximo 5, habitantes en diálogo. Si se sobrepasase este número, se caería en el riesgo de esquematizar más, de lo que es mejor huir en esta escena).-

Habitante.- Si, está muy bueno. ¡Ñam, ñam!

Habitante.- ¡Uyyyy, qué sabroso! ¡Ñam, ñam!

Habitante.- ¿Queréis un poco más?

Habitante.- ¡Ya lo creo!

Habitante.- Sí, más, más.

Habitante.- ¡Está gustoso, verdad? ¡Ñam, ñam!

Habitante.- Si. ¡Qué rico está el cartón (¹)! ¡Ñam, ñam!

Habitante.- ¡Cómo me gusta el cartón!

Habitante.- Pues dicen que va a escasear otra vez.

Habitante.- ¡Oh, no! ¿A comer piedras de nuevo?

Habitante.- ¡Y que hayan!

Habitante.- ¡Qué le vamos a hacer!

Habitante.- Yo guardaré un poco de cartón por si acaso.

Narrador.- Las formidables montañas que rodeaban el país se secaron haciendo intransitable el único camino que conducía al resto del mundo. Además, el país de las Sincerezas se volvió arisco. Cerró sus fronteras a cal y canto. Unos fornidos guardianes se cuidaban de que nadie entrase en el país, aunque no había nadie que tuviese ganas de entrar.

Un día, un viajero despistado que, por error, vino a parar a la infranqueable frontera.

¹ Se refiere a cartón sintético, claro, porque sin vegetación no podía ser de productos naturales.

Guardián.- ¡Eh, tú! ¿Quién eres? (El desconocido viajero pronuncia unas palabras ininteligibles) Así que eres extranjero... ¡Ven acá! (Lo sujetan. El viajero se revuelve profiriendo palabras en extraño idioma, hasta que de un tirón logra zafarse de la sujeción. Sale huyendo. En las manos de uno de los guardianes ha quedado prendido el zurrón del viajero) ¿Qué habrá aquí?

Otro guardián.- ¡Vamos a ver! (Sacan zapatos viejos, latas usadas, etc., hasta que encuentran una cosa redonda, roja y con rabo) ¿Esto qué es?

Guardián.- Vete tú a saber. ¡Capitán!

Capitán (Entrando).- ¿Qué pasa?

Guardián.- Un hombre ha querido pasar la frontera y le hemos hecho frente.

Capitán.- ¿Venía solo?

Guardián.- Al parecer, sí, pero ha conseguido escapar.

Capitán.- ¡Maldición, inútiles! ¡Haré que os arranquen las orejas!

Otro guardián (A Guardián).- No sé por qué le tenías que decir nada. Te podías haber callado- (A Capitán) Presentamos nuestras disculpas, oh, valeroso capitán. Tras dura refriega solo hemos conseguido arrebatarse el botín...

Capitán.- ¿Botín? ¿Dónde está el botín?

Guardián.- Aquí.

Otro guardián (A Guardián).- ¿Te das cuenta? (Suena una corneta)

Capitán.- ¡El rancho! Venga, podéis iros a comer cartón. (Los guardianes se retiran entre reverencias) (Mirando con avidez hacia el zurrón) ¡Estúpidos! Ahora el botín será para mí solo. A ver,

veamos. (Va sacando los cacharros inútiles del zurrón) Eh, ¿qué es esto? ¿Será un arma secreta? (Por fin saca la cosa redonda, roja y con rabo) ¿Eh? Asombroso... (Al poco de tenerla en las manos nota que le da asco y la suelta) ¿Qué será? (La toca con la punta de la espada)

Cambia la situación. Un grupo de sabios del país rodea intrigados la cosa redonda, roja y con rabo.

Un sabio azul.- Hay que tener cuidado. Pudiera ser peligroso. (Algún sabio se acercará a la cosa, gesticulando, como provocándola)

Sabihondo azul.- Creo haber visto esta cosa en alguna parte, (Hojea un gran libro)... En alguna parte...

Otro sabio azul.- ¿Por qué tenéis tanto miedo de una cosa tan diminuta?

Un sabio azul.- No sabemos hasta qué punto pueden estar avanzadas las técnicas en los países de más allá de las montañas. Sigo pensando que hay que tener mucho, muchísimo cuidado.

Otro sabio azul.- ¿Y si le obligamos a alguien a que se la coma?

Un sabio azul.- No es mala idea, pero... ¿y si explota?

Otro sabio azul.- Yo me arriesgaría. De cualquier forma, no saldríamos jamás de la duda.

Sabihondo azul.- Yo he visto esto en alguna parte... en alguna parte...

Un sabio azul.- No me acaba de convencer la idea... Solo tenemos una cosa y, si se la comen, nos quedamos sin ella...

Otro sabio azul.- Le damos a comer solo una parte, una pequeña parte de la cosa.

Un sabio azul.- No sé, no sé...

Otro sabio azul.- ¡Capitán!

Capitán (Entrando).- ¿Qué necesitan?

Otro sabio azul.- Un voluntario para que se trague un trozo de esta cosa, a ver qué pasa.

El fragmento que se desarrolla a continuación de esta raya y que se extiende hasta la siguiente raya, está pensando para ser suprimido y sustituido por el que viene a continuación, también entre rayas, pero de menor extensión, caso de que se considere que dura demasiado el espectáculo o que, simplemente, no interesa.

Un sabio azul.- Es un sacrificio necesario. No hay más remedio. Ya sabemos que es una misión muy peligrosa, pero...

Capitán.- No se preocupen. Es obligación nuestra hacernos cargo de todas las misiones arriesgadas que se hayan de realizar en el país.

Otro sabio azul.- Si... y nosotros siempre hemos descansado nuestra confianza en nuestros invictos guerreros y en el sentido heroico de su capitán.

Se nota que “Otro sabio azul” y “Capitán” se entienden rápidamente.

Un sabio azul.- Aún así, no deja de ser una misión altamente peligrosa. (Mirando la “cosa roja”) Yo no me comería una cosa así sin sab...

Capitán (Adulado aún por las palabras de “Otro sabio azul”) No importa. Creo que tengo al hombre adecuado para esta misión. (Como un resorte, aparece “Novato” en el patio de butacas,

haciendo juegos de manos, malabares, etc.) ¡Guardias! ¡Que venga el Novato!

Guardia.- Enseguida, Capitán. (Hace el ademán de irse. Se lo repiensa)

Capitán (Para sí mismo).- Si alguien la ha de palmar, que sea el Novato.

Guardia.- Perdón, Capitán.

Capitán.- Y ahora, ¿qué quieres?

Guardia.- Me ha dicho que busque al Novata, ¿verdad?

Capitán.- Nada más digo una vez las cosas.

Guardia.- Pero... es que el Novato...

Capitán.- ¡Maldita sea! Una vez. ¿Habéis entendido? Lo quiero aquí enseguida o mandaré que os hagan a trozos- ¡Bergantes!

Guardia.- ¡A las órdenes! ¡A las órdenes! (Para sí mismo) Ahora sí que la hemos fastidiado. Cualquiera encuentra a ese crápula y, con lo presuntuoso que es, cualquiera consigue hacerlo venir. Me veo en los calabozos esta noche. (Se topa con Sabihondo azul)

Sabihondo azul.- Creo haber visto esta cosa en alguna parte... en alguna parte...

Guardia (Rehaciéndose del choque).- ¡Y a mí qué pepinos me importa esta cosa ahora! (A partir de este momento, el prestidigitador Novato puede comenzar sus juegos de cara al público) ¡Novato! ¡Novato!... ¡Dónde se habrá metido ese maldito. (Lo encuentra) Eh, tú. (Novato no le presta atención) Eh tú, colega, presta atención, que te llama el Capitán.

Novato.- ¿A quién? ¿A mí? Anda, vete a freír espárragos.

Guardia.- Sí, a ti, paliza.

Novato.- Ya... eso no te lo crees tú ni borracho.

Guardia.- Bien. Yo ya te lo he advertido. Si no vas, ya te apañarás.

Novato.- Ten. Aguántame esto.

Guardia.- Anda... ¿qué es esto?

Novato.- Que lo aguantes de una vez.

Guardia.- Pero...

Novato.- Señoras y señores, nenes y nenas, sobrinos y primos, “culés” y “periquitos”²² Hete aquí al gran prestidigitador “Malandanza que viene” ...

Guardia.- Escucha... que el Capitán.

Novato.- Tú calla. ¿Ves esto?

Guardia.- Sí, pero...

Novato.- El gran prestidigitador “Malandanza que viene” o hará una demostración que os dejará bien boquiabiertos. Así...

A partir de este momento, el prestidigitador Novato habrá improvisar de acuerdo con dos juegos de manos como mínimo. En el primero subyugará a Guardia hasta el extremo de que le haga olvidar que venía a buscarlo y que, de cuando en cuando, exprese su sorpresa y su alegría por los juegos de Novato. En el segundo juego, entraría en acción el Capitán.

Otro sabio azul (A Capitán).- ¿No creéis que tardan demasiado?

Capitán.- No sé... Quizás ya estaba fuera de servicio. De cualquier manera ya me hubiesen tenido que informar. ¡¡Guardia!!

Guardia (Como despertando).- ¡Ay, Ángela María!, ahora si que nos ha caído la gorda. ¡El Capitán! ¿Ves? ¡Por tu culpa!

Capitán.- Y ahora... ¿qué pasa? ¿Qué hacéis aquí? ¡Carroña! ¿Qué os he dicho yo? ¿De qué manera se os ha de hablar a vosotros? ¿Cómo os lo tengo que decir?

Guardia.- Es que...

Capitán.- ¿Me la queréis dar con queso? A mí, ¡al Capitán! ¡Ya estoy harto de vosotros, pandilla de holgazanes! Pues andáis listos si os pensáis salir con la vuestra. Todavía no ha nacido quien... ¡A formar! Os voy a dar para el pelo, ¡¡A formar!! (Se aproxima a Novato por detrás; resuella ostensiblemente para que se note su amenazadora presencia. Novato no se apercibe. Poco a poco, los bufidos se vuelven voces de admiración por las habilidades de Novato; hasta llega a expresarlo con palabras) ¡Anda, qué divertido es esto! ¿Verdad? (Tras decir esto, se da cuenta que ha venido a caer en el hechizo del prestidigitador Novato y reacciona violentamente) Pero... ¿qué estoy haciendo yo? ¡¡Basta!! ¡¡Guardias!!! ¡¡A mí la guardia!! (Todos se han esfumado) Traédmelo. Lo quiero aquí inmediatamente. ¡Miserables! ¡Manazas! ¡Inútiles! (Mientras, retorna al escenario, Novato ya ha subido y simula que le estaba esperando) Como no venga enseguida, os aseguro... (Choca con Novato)

Novato.- ¡A sus órdenes, mi Capitán! (Capitán se sobresalta)

² “Culé” es un aficionado del F.C. Barcelona, mientras que “periquito” lo es del R.C.D. Español. Caso de que este aspecto no se conozca, se puede cambiar “culés” por “loros” o realizar cualquier otro cambio similar.

El fragmento anterior puede ser sustituido por los diálogos que vienen a continuación hasta la siguiente raya:

Capitán.- ¡Guardias! ¡Que venga el novato!

Novato (Entrando).- ¡A sus órdenes, mi capitán!

Capitán.- Muchacho: te vamos a confiar una misión especial, ¿Ves esa cosa que hay ahí?

Novato.- Sí, mi capitán. Es la cosa que encontramos en el zurrón del intruso.

Capitán.- Pues, bien. Te habrás de comer un trozo.

Novato.- ¿Yo?

Capitán.- Si. Es un servicio al país. A tu país.

Novato.- ¿Y por qué no se lo come usted si tan servicio al país es?

Capitán.- ¡Muchacho! ¡Cuidado con lo que dices!

Novato.- No, si sólo pensaba que más grande sería el servicio si tuviera más categoría el que lo hiciera.

Capitán.- ¿A ti quién te manda pensar?

Otro sabio azul.- Además, si no te va a pasar nada.

Un sabio azul.- Y, si te pasa, no vas a sufrir.

Otro sabio azul.- Y, si sufres, será poco, ¡ya verás!

Novato.- ¡Nooo!...

Capitán.- ¡Muchacho!....

Sabihondo azul (Que se había acercado a la cosa redonda, roja y con rabo arrastrando el libro consigo).- ¡Ya lo tengo! ¡Ya sé lo que es! Aquí está. Esta cosa redonda, roja y con rabo es una cereza. (Los demás quedan extrañados)

Otro sabio azul.- ¿Una cere... qué?

Sabihondo azul.- ¡Una cereza!

Un sabio azul.- ¿Qué es una cereza?

Narrador.- Bueno, les costó mucho entender lo que era una cereza teniendo en cuenta que no sabían ni lo que era un fruto ni tan siquiera lo que era un vegetal.

Por fortuna, descubrieron la importancia que tenía para ellos la cereza; descubrieron que la cereza era la esperanza para devolver a los habitantes del país su sistema de alimentación natural y descubrieron, por fortuna también, la manera de conservar la cereza por medio del frío.

Pero no pudieron averiguar nada más. Ni qué hacer con ella ni cómo hacerlo, así que decidieron guardar la cereza en una urna refrigerada del museo metropolitano como una pieza de museo más. La guardaban constantemente tres guardias, un capitán y un sabio para cuidarla.

Y pasó un siglo (pasa un Siglo) y pasaron dos siglos (pasan dos Siglos), pasaron tres siglos (pasan tres Siglos) y pasó algo más de tres siglos (pasa algo más de tres siglos)...; la cereza continuaba en su urna, tan fresca y lozana como el primer día. Nadie se había atrevido a tocarla. Seguían vigilándola continuamente tres guardias, un capitán y un sabio.

Reinando Secías VIII, uno de los sabios que se turnaba para cuidar la cereza se llamaba sabio Cataclás.

Sabio Cataclás.- ¡Oh, qué gran tentación! ¡No sé si podré retenerme!
Yo que he sido fiel durante cincuenta años a esta sublime cereza.

Ahora que sé que las cerezas se pueden comer y que, encima, tengo la llave, la única llave que abre la urna. ¡Oh, qué hermosa eres, cerecita de mi corazón! ¿Cómo podré yo evitar echarte mano?...

A mí me llaman el sabio Cataclás
 De esta tierra yo soy el más famoso
 porque vigilo más que celoso
 de la cereza la urna el que más
 ja,ja,ja,ja,ja ja,ja,ja,ja,ja
 ja,ja,ja,ja,ja ja,ja,ja,ja,ja
 Cincuenta años he tenido que aguantar
 de mi vida soportar con entereza
 para que nadie se lleve la cereza
 que en un museo quisieron guardar
 ja,ja,ja,ja,ja ja,ja,ja,ja,ja
 ja,ja,ja,ja,ja ja,ja,ja,ja,ja
 He descubierto que se puede comer
 mas por favor no lo digáis a nadie
 que el que lo sepa como yo que rabie
 que es tontería tanto y tanto saber
 uy,uy,uy,uy,uy uy,uy,uy,uy,uy
 uy,uy,uy,uy,uy uy,uy,uy,uy,uy
 No sé si lo podré mientras padecer
 De comerme la cereza estoy tentado
 pues solo pensar en tan dulce pecado
 por sentir su sabor me siento fallecer

No puedo más...

Abre la portezuela de la urna, se come la cereza y huye despavorido por el terrible acto que acaba de cometer. Cambia la situación. Reunión en el palacio de Secías VIII.

Un sabio verde.- ¡Intolerable, realmente intolerable! Cuando me acerqué a relevar de la guardia a Cataclás apareció ante mi la

preciosa urna de cristal, abierta de par en par y sin la cereza dentro. Cataclás no estaba. Había desaparecido. No sé cómo, pero huyó burlando la vigilancia de la guardia. (Hace un gesto de desagrado porque Sabihondo verde no deja de reír).

Otro sabio verde.- ¡No puede ser, no puede ser! Cataclás es un hombre honrado, incapaz de una acción tan vil. Se debe tratar de un malentendido.

Un sabio verde más.- Pero está claro que la cereza ha desaparecido misteriosamente y que, tras la cereza, ha desaparecido Cataclás tan misteriosamente como la cereza. No me negarás que parece claro que Cataclás tiene algo que ver con la desaparición de nuestra querida cereza. No me negarás que Cataclás parece, a todas luces, el culpable del robo.

Secías VIII.- ¡Tres siglos y pico conservando la sagrada cereza para qué! ¡Capitán! Necesito un informe completo del suceso. ¡Quiero que capturéis a Cataclás! (Por Sabihondo verde) ¿Qué le pasa a éste? ¿Por qué se ríe tanto?

Sabihondo verde.- ¡Oh, perdón, perdón! No puedo dejar de reírme solo con pensar lo que le puede estar pasando a Cataclás.

Un sabio verde.- ¡Qué sabes tú lo que le puede haber pasado con la cereza!

Sabihondo verde (No para de reír).- La cereza es un alimento. Simplemente, se come. Bueno, se comía en otros tiempos; cuando había muchas cerezas y otras cosas parecidas para comer.

Otro sabio verde.- Bien y ¿qué le puede haber ocurrido a Cataclás?

Sabihondo verde.- Ahora sólo... solo estamos acostumbrados a comer solo cartón y piedras...

Otro sabio verde.- Bien y ¿qué? ¡Contesta!

Sabihondo verde.- Solo cartón y piedras ¿comprendes?

Otro sabio verde.- ¡¡¡No!!!

Sabihondo verde.- Que la cereza es un alimento vivo al que ya no estamos acostumbrados... que provocará una reacción insospechada en el vientre de Cataclás, que sólo está acostumbrado a comer cartón, y vete tú a saber que ande por ahí perdido con unas perniciosas cagarrinas (sic), es decir, con el cagarro suelto a matar ... patas abajo.

Otro sabio verde (Riendo ya también).- ¡Pobre Cataclás! La que debe estar armando...

Sabihondo verde.- Lo peor no es eso: es que el pobre no sabe que allí donde menos se lo piense plantará un cerezo (No hace gracia a los demás porque no saben lo que es un cerezo) Bueno, no me hagáis explicar ahora lo que es un cerezo...

Otro sabio verde.- ¡Me imagino al bendito de Cataclás, de piedra en piedra soltando sus ligeras cacas!

Sabihondo verde.- Hay que encontrar a Cataclás y localizar lo que quede, los residuos de la cereza, estén donde estén; con ellos podremos plantar un cerezo y del cerezo saldrán miles de cerezas.

Narrador.- Después de una larga y laboriosa reunión, Secías VIII, siguiendo los consejos de los sabios que le rodeaban, tomó la decisión de escribir un edicto para todos los habitantes de su país.

Secías VIII (Imitando a un pregonero).- De orden de Su Majestad, el rey Secías VIII, soberano de todos los dominios de este país de las Sincerezas, mando la busca y captura del sabio Cataclás, declarado en fuga y acusado del vil delito del robo de la cereza, tantos años venerada en nuestro museo metropolitano.

Esta corona dispone una substanciosa recompensa para quien capture al fugitivo y recupere el tanpreciado reliquio³³ de nuestro museo. A quien traiga a Cataclás a mi presencia se le concederá la mano de la princesa Gisela, la hija del rey.

Como que es probable que haya sustraído la cereza con la simple intención de comérsela, si lo encontráis después de cagar, hay que hacer que cante donde echó el bulto y, si no cagó todavía, se le traerá rápidamente a palacio, aquí se le hará cagar, después se le descuartizará como es costumbre y su delito merece y se le enterrará en tierra fértil, por si acaso.

Yo, Secías VIII, soberano de las tierras y hombres del país de las Sincerezas.

Narrador.- Los súbditos del rey, aunque entendiesen poco lo que pasaba con la cereza y aunque no tuviesen ni idea de lo que era una tierra fértil, sin más pensarlo se lanzaron por todo el país en busca del pérfido sabio y no faltaba quien ya se veía premiado con la mano de la princesa Gisela...

Musol el Feo.- ¡Ja,ja,ja,ja! ¡Ja,ja,ja,ja! Yo soy el único, el más fuerte, el más inteligente. Solo yo podré conquistar la dulce compañía de la princesa –y, con ella, el trono, claro está- y a quien ose cruzarse en

mi camino, juro por mi espada que le ha de costar caro. Hace años que no duermo sólo pensando en ti, Princesa Gisela, pues eres la única manera que yo tengo de llegar a ser rey.

Ahora, ahora se me presenta la ocasión, la increíble ocasión de conseguirte. Sólo he de atrapar al estúpido ese que se ha zampado la cereza y, si no es a él, traigo otro que se le parezca. ¡Ja,ja,ja,ja!
¡Ja,ja,ja,ja!

Cambia la situación. Es de noche, con luna. Estamos bajo la muralla de palacio. Llegan Aviam del Fósforo y su escudero. Arriba, tras una celosía, una doncella solloza.

Escudero.- Señor, estoy muy cansado.

Aviam.- Calla y no protestes más. Estamos acabando. La profecía dice que hay que dar setenta vueltas a palacio y ya estamos.

Escudero.- Si y ¡ya estamos mareados de dar vueltas!

Aviam.- ¡Calla, estúpido! Si no crees que cumpliendo la profecía al pie de la letra conseguiremos levantar la maldición que abate al país, ya te puedes marchar.

Escudero.- No si yo ya creo, pero uno puede estar un poco cansado de tanto dar vueltas. Mirad: se me está poniendo la cara de trompo.

Aviam (Le va a dar con el fuste; el otro huye).- Silencio. ¿No oyes?

Escudero.- ¿El qué?

Aviam.- Como un gemido.

Escudero.- ¡Uy,uy,uy, qué miedo!

³ En el original manuscrito figuraba 'el tanpreciado reliquia', probablemente porque, sobre la marcha, cambió de término. Quien lo mecanografió optó por 'reliquio', pero debe ser 'la tanpreciada reliquia'.

Aviam.- Aparta estúpido, que es una mujer la que está llorando. Sube a ver.

Escudero.- ¿Quién, yo?

Aviam.- Sí, tú.

Escudero.- Oh, no.

Aviam.- ¿Por qué no?

Escudero.- Porque no.

Aviam (Conciliador).- No ves que te tengo a ti precisamente para estos menesteres. No estaría bien visto que teniéndote como te tengo de escudero, tenga que ser yo, un caballero, quien vaya a explorar el terreno. (Cambia de talante) ¡¡Sube!!

Escudero.- Ya voy, ya voy. ¡Maldita sea mi suerte! (Se encarama como mejor puede) ¡Ay,ay,ay, que me caigo!

Aviam.- Silencio, que la pondrás sobre aviso.

Escudero.- Si es que no puede ser. Da setenta vueltas a palacio y, después, hala, súbete a la tapia. Oh...

Aviam.- ¿Qué ves?

Escudero.- La más hermosa de las mujeres.

Aviam.- Pues, ¡baja!

Escudero.- No te digo yo...

Aviam.- ¡Baja

Escudero.- No, si siempre llevo las de perder.

Aviam.- ¿Tan bella es?

Escudero.- Subid, subid, hala.

Aviam.- ¡Es una señal! (Mientras trepa) ¡Una señal de la profecía! (A Gisela, que es la que está llorando) No os asustéis, doncella...

Gisela.- Oh...

Aviam.- No huyáis, que el caballero que os contempla solo mal a sí mismo es capaz de hacer y a cuantos mal os quieran.

Gisela.- Oh...

Aviam.- Y que aquesta espada atravesada en aqueste corazón en prenda os diera si, tras esa nube de estrellas que lágrimas son, algún sollozo me permitiera saber el gran mal que así os aqueja.

Gisela.- Oh...

Aviam hace ver que habla. Solo es interrumpido por Gisela exclamando un 'Oh'. Al final se besan y, tal cual, Aviam cae aparatosamente. Alguna mano misteriosa cierra la celosía y apaga la luz.

Aviam.- ¡Gisela, vida mía! ¡No os preocupéis! Yo os salvaré. (Para sí, mientras sale) Que un villano maldito la quiere por esposa... que la quiere por la fuerza... que es más feo que un susto... un tal Musol el Feo... ¡No lo permitiré! ¡Yo, Aviam del Fósforo, lo impediré!

Escudero (Corriendo detrás de él).- ¡Señor, señor!

Cambia la situación. Cataclás deambula frenético entre unos pedruscos, aguantándose la barriga, dando muestras de padecer grandes retortijones. Va de piedra en piedra depositando un recuerdo.

Cataclás.- ¡Si lo llego a saber!... ¡Menos mal que solo había una cereza!... ¡Ay, me deshago! ¡No puedo más! ¡Qué triste situación la mía, con las tripas flojas! ¡Tan flojas que no paran de soltar! ¡¡Ay,ay,ay!... Y encima, perseguido por los esbirros del rey...

¡¡Ay,ay,ay!! Si no puede ser que me quede nada dentro... ¿Eh?
¿Qué es eso? ¡Ya están ahí otra vez! Me esconderé... ¡¡Allí!!

Aviam.- No puede andar muy lejos. Está lleno de rastros.

Escudero.- Lleno, lleno está (Se restriega con una piedra la suela del zapato) Yo ya pisé más de un rastro sin darme cuenta.

Aviam.- Pero hay tanto rastro que te pierdes. Cuando crees que ya lo tienes cerca, desaparece entre tanto rastro. Esto me huele mal.

Escudero.- Ya lo creo que huele mal; que no hay quien lo aguante.

Se escucha un ruido misterioso.

Aviam.- ¡Calla! ¿Qué ruido ha sido ése?

Escudero.- ¿Qué?

Se escucha otro ruido misterioso.

Aviam.- Por ahí debe de andar. Seguro.

Cataclás ya no puede contener los sonidos misteriosos y se le escapan uno tras otro. Aviam y su escudero se abalanzan sobre Cataclás y lo atrapan..

Escudero.- Ya te tenemos. No te resistas que te atizo.

Cataclás.- No,no,no me hagáis daño. Me entrego, me entrego.

Aviam.- Tráelo hasta aquí.

Musol el Feo (Apareciendo tras las peñas).- ¡Deteneos!

Aviam.- ¿Quién va y qué es lo que desea?

Musol.- Soy Musol el Feo, hidalgo del país de las Sincerezas. Y ¿tú quién eres?

Aviam.- Soy Aviam del Fósforo, legendario aventurero, de la ley el protector y de las damas el consuelo.

Musol.- ¡Ja,ja,ja! No me digas... y ¿para qué quieres tú a Cataclás?

Aviam.- Lo llevo preso a palacio para que cumpla condena y a mí me den por recompensa la mano de la bellísima Gisela; que he de rendirme a sus pies y, después, heme de casar con ella.

Musol.- Si supieses leer en tu destino, sabrías ya que eso es precisamente lo que no vas a hacer.

Aviam.- Y ¿quién osará impedírmelo?

Musol.- Yo mismo; que si de alguien ha de ser el tierno amor de la princesa, para un valiente como yo ha de ser la recompensa. Así que suelta el prisionero que de él me encargo yo si no quieres salir con daño de la suerte esta.

Aviam.- ¿Crees acaso que me han de atemorizar tus alaridos? ¿O acaso crees que ha de temblar el firme pulso de este guerrero porque te muestres con ese rostro tan feo?

Musol.- ¿Feo yo? Has firmado tu sentencia de muerte. (Desenvaina la espada) Vas a recibir tu justo merecido por bellaco y por insolente. (Se lanza contra Aviam que ya tiene desenfundada su arma)
¡¡¡Aaaaahhhh!!!

Cae estrepitosamente Musol en medio del escenario, con él se viene abajo medio tinglado escénico incluyendo a Cataclás, Aviam y su escudero. Quedan todos los personajes en el suelo, quejándose.

Aviam.- A ver si tienes más cuidado.

Escudero.- ¡Qué cachiporrazo!

Director.- Pero ¿qué ha pasado aquí?

Musol (Abandonando su papel).- ¡Qué va a pasar! ¡Que he pisado una de las mierdas! (Intentando levantarse) ¡Estoy harto de esta obra! ¡Esto es un asco! (Le ayuda Director) Me voy a romper una pierna.

Director.- Si esto hay que cambiarlo porque cada vez nos sale peor.
Se van levantando todos, se sacuden el polvo y la etcétera.

Cataclás.- Eso, cámbialo, porque de la próxima no salimos.

Director.- Veamos, veamos... Ya está. Venid a ver qué os parece (Los reúne a todos en una melé que se convulsiona aceleradamente) ¿De acuerdo?

Todos.- De acuerdo.

Director (Mientras se esconde).- Venga pues. Vamos a... vamos a (Señalando a Aviam) “Lo llevo preso a palacio...” en adelante. ¡En marcha!

Aviam.- Lo llevo preso a palacio para que cumpla condena...

Musol (Interrumpiendo).- No señor. No estoy de acuerdo. Habíamos quedado que empezaríamos en el párrafo anterior en el “¡Ja,ja,ja! No me digas...” que a mí me sale muy bien el “¡Ja,ja,ja!”.

Director (Sacando la cabeza).- ¡Está bien, está bien, está bien! Pero empezad ya de una vez.

Musol.- ¡Ja,ja,ja! No me digas... y ¿para qué quieres tú a Cataclás?

Aviam.- Lo llevo preso a palacio para que cumpla condena y a mí me den por recompensa la mano de la bellísima Gisela; que he de rendirme a sus pies y, después, heme de casar con ella.

Musol.- Si supieses leer en tu destino, sabrías ya que eso es precisamente lo que no vas a hacer.

Aviam.- Y ¿quién osará impedírmelo?

Musol.- Yo mismo, si no fuera porque ha de ser ella, la propia princesa la que lo ha de impedir. Eligiendo entre los dos, estoy seguro de que ha de ser a mí a quien va a escoger y no vais a permitir vos, que os decís el consuelo de las damas, que una princesa se os entregue por imposición.

Aviam.- ¿Qué proponéis, entonces?

Musol.- Que portemos entrambos el prisionero a palacio, que digamos que ha sido apresado por los dos y que sea la princesa en persona la que decida para quién va a ser la recompensa.

Aviam.- No me parece mal la idea: que sea ella misma la que decida con quien se habrá de casar.

Musol.- ¿Conforme, pues?

Aviam.- Conforme.

Musol.- ¡En marcha!

Aviam (A público).- Si supiera que es a mí a quien quiere la princesa y que es a él a quien odia... no iría tan seguro haciendo conmigo este pacto. ¡Oh, princesa! Cada vez tengo más cerca tu dulce abrazo.

Musol (A público también).- ¡Qué poco se puede imaginar este pazguato la que le espera! En cuanto llegue a palacio diré que al sabio lo encontré yo solo y que él es un vulgar mentiroso y, entre un aventurero del que nadie conoce su origen y un hidalgo de la corte ¿a quién van a creer? A él lo descuartizarán y yo tendré a la princesa como recompensa. ¡Ja,ja,ja! -¡Qué bien me sale!

Cataclás (Mientras se van todos).- No tiréis mucho de la cuerda que voy flojo y no me puedo aguantar.

Cambia la situación. Nos hallamos ante Secías VIII y los sabios de la corte. Están torturando a Cataclás. Los torturadores, en lugar de capucha, tienen que llevar máscaras antigás)

Narrador.- Cataclás sabe de sobras que, en cuanto dé la pista de la cereza, será condenado a muerte, por ello aguanta la tortura hasta el final.

Torturador.- ¡Confiesa!

Cataclás (El aparato de tortura es un enorme orinal en el que está sentado).- No diré nada.

Torturador.- Dinos dónde cagaste la cereza.

Cataclás. No diré nada, nada, nada... No puedo más... (No soporta más la tortura. Se desmaya)

Torturador (A Secías VIII).- No ha soportado la tortura. Se ha desmayado.

Secías VIII.- ¡Qué le vamos a hacer! Tendremos que esperar. Entretanto, tendremos que enviar rastreadores por todo el país; a ver si entre los regalos que ha dejado éste por todas partes, encuentran el hueso de la cereza. ¡La mierda que nadie la toque hasta que llegue yo! Que hay que saber tratarla. No sé, igual lo podríamos descartar ya. Quizá no se enteró de nada; seguro que no sabe ni lo que cagó. A ver, dejadme mirar aquí (Coge el orinal; los torturadores mantienen en vilo el torturado mientras el rey manipula de todas las formas que se le ocurran el contenido). ¡Nada! Aquí no

hay nada y dudo que podamos encontrar la cereza por ahí. ¡Bah!
 ¿Sabéis qué? Echad a éste a los calabozos que ya le daremos su
 merecido después. Ahora, llamad a Gisela y haced entrar a quienes
 han traído a Cataclás.

Musol (Entrando).- Majestad...

Secías VIII.- ¡Mi querido Musol el Feo, ¡Qué alegría veros en esta
 oportunidad!

Aviam (Entrando).- Majestad...

Secías VIII.- Realmente me ponéis en un aprieto y vosotros lo sabéis.
 Vosotros sabéis que yo prometí por real edicto conceder la mano de
 mi hija a aquél que lograra... (Entra Gisela) Ah, Gisela, pasa y
 siéntate... ¡Qué bella estás!... Como os decía... que no quiero faltar a
 mi palabra, pero sólo tengo una hija y vosotros sois dos. ¿Cómo
 hacerlo?

Musol.- ¿En qué aprieto os podéis hallar si solo uno de los dos es el
 que realmente ha traído a Cataclás y ése he sido yo?

Secías VIII.- ¿Cómo?

Musol.- Este (Por Aviam) lo encontré yo por el camino y nos ha
 mentido a vos y a mí.

Aviam.- ¿Cómo os permitís...?

Musol.- Así que legítimamente vuestra hija me la tenéis que entregar a
 mí ¿o la preferís abandonar en manos de un vulgar ladrón de dotes?

Gisela se desmaya.

Aviam.- Eso no es verdad... Gisela... He sido engañado...

Secías VIII.- ¡Prendedlo!

Aviam (Mientras es arrastrado).- Bellaco tramposo. Nos veremos las caras.

Musol.- Me parece que eso ya va a ser muy difícil, amiguito.

Aviam.- ¡Me las pagarás! ¡No consentiré que roces la piel de Gisela!

Cataclás (Que todavía lo estaban retirando, despierta) (Por Aviam).-

¡Intruso! ¿Entrometido! Por tu culpa me he de ver como me veo.

Por tu culpa me van a descuartizar. (Todos quedan paralizados)

Total por qué: por cuatro lagrimitas de una niña consentida. Así te

caigan todas las desgracias del mundo. Si no me hubiese atrapado y

arrastrado hasta aquí...

Musol (Reacciona).- Maldito... (Desenfunda la espada y va a partir en

dos a Cataclás) Calla esa boca, ¡piojoso!

Aviam le arrebató un arma a un guardia e impide que

Musol mate a Cataclás. Se entabla una feroz lucha.

Aviam atraviesa por fin a Musol.

Musol.- ¡Agggg! Mala suerte la mía... cuando estaba a punto de ser

rey.

El actor se puede marchar del escenario con la

espada atravesada, refunfuñando que siempre le toca

hacer de malo y morir al final y que ya está harto de

la obra. Pero esto si se quiere.⁴⁴

Aviam.- Gisela.

Gisela.- Aviam.

Aviam.- ¡Amor mío!

⁴ En algunos de los montajes que he podido ver, Musol cae muerto y, una vez en el suelo, se revuelve contra su suerte y su condición.

Secías VIII (A Aviam).- Creo... que os debo una disculpa. Si en algo pudiera compensaros el mal trago que os he hecho pasar...

Aviam.- Si, hay algo: perdonadle la vida a Cataclás.

Secías VIII.- Es muy gordo lo que ha hecho. (Duda) Bueno, de acuerdo: perdonado está.

Aviam (A Cataclás).- Cataclás. Dime dónde cagaste la cereza. (Cataclás se lo dice al oído) (Aviam sale volando en busca de la cereza, no sin antes coger al vuelo el orinal en el que había sido torturado Cataclás. Todos se quedan estáticos mirando hacia donde ha salido volando Aviam-Supermán, mientras los envuelve una música triunfal) (Aviam regresa por detrás y los asusta) ¡Ya estoy aquí! (Lleva el orinal en la mano. Saca el hueso de cereza. Se lo va a dar a Secías VIII)

Secías VIII (La coge).- ¡La cereza!

Gisela.- Aviam, amor mío.

Aviam.- Gisela, mi vida

Se besan. Aviam va dejando el orinal hasta que cae.

Quedan todos definitivamente estáticos.

Narrador (Entrado y cogiendo el hueso de las manos del rey).- Y este es el famoso hueso de cereza que, una vez plantado en tierra, debía originar un cerezo y salvar la vida en el país de las Sincerezas, pero no fue así... resultó que no, que la cereza no germinó, porque la semilla no debía estar suficientemente madura. Ahora os preguntaréis si tanta aventura y dificultad no han servido para nada; que todo sigue igual. Pero no os pongáis tristes, porque en esta historia vale lo que se hace y lo que se aprende y Gisela y Aviam

habían aprendido que más allá de las montañas había cerezas, así que fueron a buscar las cerezas y, trabajando mucho, las plantaron y entonces sí que de una cereza nació un cerezo; del cerezo salieron muchas cerezas; las cerezas las plantaron y de las cerezas salieron cerezos; de los cerezos salieron muchas, muchas cerezas; las cerezas las plantaron y... (Suena un timbre. Narrador mira a los bastidores. Hace un gesto de resignación) Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

FIN

Sardonedo, del 18 al 20 de julio de 1979.
(Me ha costado un cartucho de tinta que ya se acaba)

Canciones (A situar)

EL ROCK DE LA CEREZA

Esta bola redonda y con rabo
Esta bola roja me tiene pasmado

Esta bola redonda y con rabo
Esta bola roja me tiene pasmado

Ay, que horror, qué horror
No la tocaré
Puede ser un arma de mucho poder.

No es cartón de piedra, roca ni peñasco
Esta bola roja me tiene pasmado
No es cartón de piedra, roca ni peñasco
Esta bola roja me tiene pasmado

Ay, que horror, qué horror
No la tocaré
Puede ser un arma de mucho poder.

EL BANDO

La cereza está perdida
Se la lleva Cataclás

Es preciso ir a buscarla
Para poderla plantar

Estribillo:

Se va a dictar un bando en el que dice
Se va a dictar un bando que el rey casará
Se va a dictar un bando a la princesa
Con el buen caballero que sepa triunfar.

La mano de la princesa
Os podrá recompensar
De las temibles batallas
Contra la bola infernal.

Estribillo:

Se va a dictar un bando en el que dice
Se va a dictar un bando que el rey casará
Se va a dictar un bando a la princesa
Con el buen caballero que sepa triunfar.

Caballero de estos reinos
Coged adarga y rocín
Coged también un pañuelo
Que os resguarde la nariz.

SIMPSON, EL CAPITÁN (Blues)

Eh, dears; oh, dears, ¿me oís?
 Qué buen día hace aquí
 Yo soy Simpson, soy el capitán,
 Amigo gentil.
 Rondo las montañas
 Soy de más allá
 Pero en las fronteras
 Soy un mandamás.
 Eh, dears, llamadme
 Simpson y me haréis feliz

En mi tierra
 No había día,
 Todo era hostil;
 Ciudad cruda, pequeñín.
 Solo ciudad, pequeñín.
 Solo ciudad, oh dears.
 Ciudad de frías piedras
 Vengo de allá
 Donde todo quema
 Bajos los pies sin piedad
 Eh, dears, soy un duro
 Pero llamadme Simpson
 Simp para servir

Centinela
 Soy de la frontera,
 Un guardián servil
 Siempre en acecho estoy, mirad
 Dispuesto a obstruir.
 Cuando hicieron tría,
 Casi en un tris,
 A mí me escogieron
 Pues en las pruebas vencí.
 Eh, dears
 Llamadme Simpson
 Lo prefiero así.

Quince días

Uno detrás de otro
Aguanto el fusil,
Vigilando aquí de guardia
El paso impedir
Yo siempre tuve fama
De ser, oid por doquier,
Aquel que siempre gana
Y nunca ha de perder
Eh, dears
Llamadme Simpson
Llamadme así al fin.
